

CRISTIANOS Y MARXISTAS

Acaba de celebrarse en París la Semana de Pensamiento Marxista. Y los católicos, como ha sido usual en estos años, han sido invitados a participar en esta asamblea de trabajo.

Pero este año ha habido una gran diferencia, que es preciso señalar.

Años anteriores, quien llevaba la voz cantante era Roger Garaudy, el cual elegía siempre a un determinado tipo de católicos: generalmente, a católicos progresistas, o incluso a algunos que estaban casi al margen de la Iglesia. Ahora, en cambio, no se ha hecho ninguna selección religiosa por afinidad de ideas, como en tiempo de Garaudy. Se ha querido evitar escoger un determinado tipo de creyentes, prefiriendo que los que asistieran este año fuesen representativos de toda la Iglesia, en el pluralismo que actualmente manifiesta de hecho. Por este motivo, el diálogo ha sido muy diferente, puesto que ya no existía esa afinidad de fondo consistente en una filosofía progresista común a Garaudy y a estos cristianos. Ahora, los marxistas del P.C.F., en sus diferentes versiones, se enfrentan amistosamente con los creyentes que van desde una actitud progresiva hasta una integrista.

Los organizadores han sido los componentes del Centro de Estudios e Investigaciones Marxistas, que durante cuatro tardes han reunido a diez oradores básicos, de los cuales había cuatro católicos y un protestante. Todo ello se ha desarrollado ante un público de unas 1.500 personas, y, antes, grupos de trabajo mixtos de creyentes y no creyentes han preparado la discusión.

En estos días, dedicados a esta confrontación, se han escuchado cosas dignas de una reflexión posterior con el fin de que todo lector pueda aclarar lo más posible posturas de unos y de otros. Por eso voy a limitarme a dar una información, con el fin de que el lector saque sus conclusiones en un sentido o en otro.

En primer lugar se ha huido de esas frases que acostumbraba a utilizar Garaudy cuando en las famosas tardes de la Mutualité decía: «Yo, ateo, necesito de vuestra fe para purificar mi ateísmo. Y vosotros, los cristianos, tenéis necesidad de mi ateísmo para depurar vuestra propia fe». Ahora, en cambio, se ha llegado a una difícil postura para toda aproximación excesivamente optimista y se ha concluido, más o menos —según decía el periódico *La Croix*—: «no hay conciliación teórica posible; no hay posible convergencia ideológica». Por eso el diálogo que se busca —sigue diciendo *La Croix*— «no es actualmente un diálogo ideológico, sino que se trata de un diálogo político».

Esta postura viene del lado comunista y del católico, ya que la tesis mantenida en estos días es que «una conciliación teórica entre marxismo y cristianismo es juzgada como imposible» (*L'Humanité*). Y el católico *La Croix* ha dicho igual.

Por eso el punto de confluencia propugnado en esta Semana ha sido decir que «la verdadera frontera no se produce entre creyentes y ateos, sino entre explotadores y explotados».

Guy Besse —el especialista en teoría del conocimiento marxista— ha clarificado un punto importante. Para Marx —ha dicho Besse—, Dios no es lo interesante en la discusión con los hombres religiosos, porque «no es contra Dios contra lo que él se revoluciona, sino contra la sociedad explotadora. Por eso la crítica de lo religioso le interesa a Marx en la medida en que esto religioso —si protesta contra la miseria del hombre— es al mismo tiempo expresión de una impotencia para cambiar el mundo... El hombre religioso le interesa mucho a Marx, pero Dios no le interesa en absoluto, como —piensa Marx— que no le interesará sin duda a una sociedad comunista».

El esfuerzo por superar el sectarismo se hizo manifiesto en estos diálogos y discusiones, sin perjuicio de una exposición lo más clara y clarificadora posible. Por eso Georges Marchais declaraba al periódico católico *La Croix* que «toda actitud de persecución o de sectarismo antirreligioso es científicamente absurda». En lo cual se mostraba claro discípulo de las teorías de Lenin, aunque no de las actitudes prácticas de Stalin.

A pesar de la divergencia radical que en las teorías expuestas por unos y otros se manifestó, sin embargo —por una y

otra parte— se hicieron esfuerzos por encontrar puntos de coincidencia respecto al mundo y a la sociedad. Por eso el marxista Antoine Casanova se dedicó a comentar muy favorablemente el último texto de la Comisión Episcopal de la Familia, que en Francia denunció que «el reino de Eros y el de Mammon están estrechamente vinculados», sin duda como producto y cebo de la sociedad de consumo.

El católico conservador Claude Bruaire, profesor de la Universidad de Tours, sin embargo, quiso dejar bien sentado su punto de vista personal de que «el materialismo de Marx y de sus discípulos no puede dar cuenta de la libertad humana de ninguna manera, ya que ésta es en nosotros un absoluto sin el cual la liberación no tiene sentido». Y respecto a la transformación de estructuras decía el jesuita Padre Valadier que es necesaria también la transformación del hombre para que aquélla sea radical, ya que no hay «radicalidad sin participación espiritual».

La fórmula empleada por este jesuita —a propósito del cristianismo— hablando de la tendencia que tiene nuestra religión, basada en el Evangelio, por «la desapropiación de los bienes terrenos», les parecía muy insuficiente como fórmula clara a los otros oradores, tanto creyentes como no creyentes. De ahí que una conclusión, que recogió la aprobación de casi todos, es la que hizo el marxista Antoine Casanova diciendo: «Por ningún concepto pedimos a los cristianos que acepten un socialismo que fuese "propiedad privada" de los comunistas; porque el socialismo será construido en común, o no será construido de ninguna manera».

Otros pocos se muestran mucho más cercanos a los análisis sociológicos del marxismo, como le ocurre al pastor Albert Gaillard, el cual llegó a afirmar en esa Semana: «Yo no pienso que se pueda hacer en el momento actual otro análisis de la Historia distinto del análisis marxista». Y más adelante llegó a conceder lo siguiente: «Hay un lenguaje religioso que debe ser actualmente abandonado, y es el lenguaje del teísmo. El centro nuclear del Evangelio no es una reflexión metafísica, sino una persona histórica inserta en la historia humana. Para el cristiano, Dios se ha hecho hombre; o sea, que Dios no es captado sino en la Historia». La única diferencia básica, según este pastor protestante, con el marxismo es que en el devenir histórico se producirá un proceso que desembocará en algo optimista y positivo —y en eso coinciden marxismo y cristianismo—. Pero este sentido último histórico «para el marxismo está dado por la Historia misma; en cambio, para los cristianos, el sentido no está dado únicamente por el devenir histórico, sino que está referido a aquel que ha dado sentido a la Historia, y que es Jesús». Estamos ya en una irrupción de la trascendencia en la Historia que para Guy Besse resulta inadmisibles.

Otros dos puntos de interés señalados por otro católico, Gabriel Marc, presidente de la Acción Católica de Medios Independientes, es que «el mensaje del Evangelio no es neutro ni política, ni económica, ni socialmente». Porque, para él, el cristianismo concreto de los creyentes, si es auténtico, debe tener consecuencias sociales y no sólo individuales. No obstante, para él, «ya no es evidente que el porvenir del mundo esté ligado a la sola revolución social, sino más bien a una revolución cultural que se refiera al sentido de la aventura humana y a la posibilidad de un desarrollo pleno».

Lo que no he visto yo en estas discusiones entre creyentes y no creyentes es el tema —en mi opinión básico— del fondo más profundo de la experiencia humana, tanto individual como social. Ese fondo que para el creyente se encuentra impregnado de lo divino sin acepción de personas, pues todo hombre auténtico y sincero lo vive. Por eso parece que existe un humanismo profundo igual en todos los hombres de buena voluntad, que es preciso analizar antes de meterse en la discusión puramente ideológica sobre la interpretación de ese fondo. Lo primero que tenemos que hacer es ver si realmente existe o no existe; si es igual o no lo es entre creyentes y no creyentes. Después vendrá la interpretación, pero lo fundamental es encontrar el terreno común en la hondura humana de nuestra vida.

MIRET MAGDALENA